El árbol del Paraíso

Marco Martínez Espinoza







El árbol del Paraíso

El árbol del Paraíso

© De la obra: Marco Martínez Espinoza
© Del texto: Cristóbal Zapata
© De la edición: Universidad del Azuay - Casa Editora, 2023

ISBN: 978-9942-618-64-1
e-ISBN: 978-9942-618-65-8

Cuidado de la edición: Cristóbal Zapata
Diseño y diagramación: Juan González Calle
Revisión: Silvia Ortiz Guerra

Portada y guardas: *El árbol del Paraíso*, óleo-tinta sobre lienzo, 230 x 150 cm, 2014

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
Cuenca, Ecuador

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la Casa Editora

Universidad del Azuay
Av. 24 de Mayo 7-77 y Hernán Malo
www.uazuay.edu.ec
(+593 7) 409 1000

El árbol del Paraíso

Marco Martínez Espinoza

PÓRTICO

El árbol del Paraíso, verdor lumínico del bosque seco, gran tronco de innumerables ramas, fuerte torso de inagotables brazos, de enorme vida e inconmensurable eros, gigante guardia del bosque seco, habita ahora entre nosotros por el sublime don de Marco Martínez, inmenso artista de fecunda obra. Se yergue hoy en el sitio en el que confluyen simbólicamente las tres facultades primigenias de la Universidad como institución humana: Medicina, Derecho y Teología, que relacionan al ser humano consigo mismo, con la comunidad y con el espíritu.

El ceibo está ahora en este nuevo otero, en nuestro campus, como símbolo de vida y esperanza. Las generaciones que lo contemplen se inspirarán para empezar de nuevo, para acariciar su esencia y florecer siempre. Viene bien para recibir al Árbol del Paraíso cuya magnífica textura la acariciamos en el corazón y en la mente, con los versos de Miguel Hernández, inmortalizados por Serrat:

> Retornarán aladas de savia sin otoño,
> reliquias de mi cuerpo que pierdo en cada herida.
> Porque soy como el árbol talado, que retoño
> y aún tengo la vida.

Francisco Salgado
Rector de la Universidad del Azuay







"EL ÁRBOL DIALOGA CONMIGO"

(Marco Martínez Espinoza entrevistado por Cristóbal Zapata)

Una tarde lluviosa de marzo Marco Martínez nos recibe en su casa-taller en las alturas de Monay, donde reside y trabaja hace cerca de cuarenta años. El taller tiene una hermosa fachada de estilo novohispano, coronado por una veleta donde un gallo rojo señorea el aire. El interior está lleno de cuadros, esculturas, cuadernos de apuntes, libros y una prensa de grabado construida por el mismo artista, cuya destreza manual no parece tener límite. En ese largo salón el laboratorio del alquimista se confunde con el gabinete de maravillas.

Una vista a las paredes de su estudio y de su casa, permiten reconstruir el itinerario plástico del artista. Allí están sus vastos paisajes de Cuenca, de los bosques subtropicales y de la cordillera andina, dotados de una gran densidad atmosférica, transpirando la bruma de la altura o la humedad de la yunga; sus visiones macroscópicas del mundo vegetal; sus ceibos totémicos que extienden antropomórficamente su tronco y sus brazos en el horizonte como si se desperezaran del trajín erótico; las exuberantes mariposas aleteando sus efímeros blasones diurnos; los peces abisales que parecen emerger del infierno submarino; sus tintas de sepia trazando arcanas caligrafías en telas y papeles dispersos en el espacio... Con un ojo trabajado por el tacto, Marco Martínez nos enfrenta a la imponente corporeidad de la naturaleza, donde la belleza y la magia de sus formas actúan ante nuestra mirada el sutil espectáculo de su movimiento y metamorfosis incesantes.

Visitamos a Marco a propósito de la donación de su cuadro *El árbol del Paraíso* para las instalaciones de la Universidad del Azuay. Se trata de una pintura de gran formato, donde ha retratado un ceibo en contrapicado que enfatiza la inmensidad y esplendor de esta especie que se erige como un vigía natural de los bosques, los cerros y las ciudades donde crece, pues durante las sequías filtra su agua en los suelos, protegiéndolos de la erosión. Pintado a manera de un retrato, no solo por la profusa y minuciosa descripción de ramas, lianas y flores que lo constituyen, sino por la humanidad del que le ha dotado, el ceibo ha ido tratado como un personaje protagónico en el drama de las formas vegetales.

Perteneciente a la serie *Los iluminados,* título de sutiles connotaciones ancestrales, *El árbol del Paraíso* es una versión poética del árbol de la vida, del árbol cósmico, del *axis mundi,* que en la simbología de lo sagrado conecta el cielo, la tierra y el submundo, según nos ha recordado Mircea Eliade.

C. Z.

C. Z.: Marco, ¿crees que de algún modo sigues dialogando con la floresta matriz, con ese paisaje de los alrededores de Cochancay, con el bosque húmedo tropical que fue parte de tu infancia?

M. M.: Siempre ha sucedido un ir y venir, siempre está presente lo anterior, a veces lo retomo, vuelvo a los orígenes. En mi mente están presentes esas imágenes de la infancia. Se han grabado tanto esas imágenes que las pinto casi de memoria. Mis inicios como artista no tienen que ver con alguna situación especial o algún aprendizaje escolar, sino es más bien el fruto de la tarea de mirar que cultivé desde muy niño. Mi aprendizaje fue interiorizar esas imágenes. Y luego, más tarde, me apliqué a indagar las técnicas.

Por otro lado, mi padre era un pintor aficionado, yo lo veía pintar a escondidas, pues se negaba a enseñarme el oficio, consideraba que era una profesión sin futuro. En esa época al artista se lo veía como un bohemio, sin ningún horizonte económico. En todo caso, a veces le acompañaba a comprar los materiales en el mercado: el aceite de linaza, el óxido de plomo, el albayalde, y veía cómo los mezclaba con las tierras de color. Mirándole pintar y viendo esa preparación artesanal de las mezclas empecé mi aprendizaje.

En realidad, yo empiezo a pintar recién a los 20 años, nutrido de esas imágenes de mi pueblo natal, de mi entorno andino, de los trigales, de sus colores, y luego de la yunga, de la floresta y las estribaciones de la cordillera.

C. Z.: Estudiaste y ejerciste la Arquitectura, ¿crees que esa formación y esa experiencia te sirvió para tu trabajo plástico?

M. M.: Ingresé a la Facultad de Arquitectura de Cuenca hacia 1970. Me gradué y ejercí la profesión durante veinte años aproximadamente, de modo que adquirí una importante experiencia en el ámbito de los proyectos y la construcción, pero lo que me atraía sobre todo era el arte. Llegó el día en que puse fin a mi vida como arquitecto para dedicarme exclusivamente a la pintura. Entonces, más bien tuve que superar las directrices racionalistas y científicas de la formación académica. Lo que me sirvió fueron las bases de acuarela y dibujo que aprendí en la Facultad.





El taller del artista



Árbol herido, óleo-tinta sobre lienzo, 183 x 122 cm, 2005

C. Z.: ¿Cuáles fueron tus maestros de Artes en la Facultad? Entiendo que usaban métodos pedagógicos poco formales...

M. M.: Patricio Muñoz Vega y César Burbano Moscoso me enseñaron los fundamentos del dibujo y de la acuarela. Daban sus clases fuera del aula, nos ponían en contacto con la naturaleza: salíamos a los ríos, a los bosques, a las construcciones cercanas. Allí, contagiados de ese ambiente, regresábamos a pintar, no necesariamente la parte más vivible, sino las sensaciones que habíamos experimentado. César Burbano nos llevaba en su camioneta Ford grande por los alrededores de la ciudad para que tengamos esa experiencia directa con el entorno. Antes que enseñarnos técnicas, nos proponía que aprendamos a sentir y expresar la atmósfera, el frío o el calor del lugar; otros profesores nos enseñaban a escuchar, a pintar el ruido de los ríos o de los insectos, no nos decían "pinten la luz", sino a usar los colores para traducir las sensaciones que nos producía el lugar.

C. Z.: En una entrevista hace algunos años decías que pintabas y después mirabas, como si tu visión se adelantara a la realidad

M. M.: Así es, yo pinto casi de memoria, y mi gran sorpresa es que salgo y veo lo que acabo de pintar. Por ejemplo, los troncos y esas formas eróticas que no las tomo directamente de la naturaleza, sino un poco al revés. Eso me ha nutrido mucho, he desarrollado una visión telúrica de los Andes, y luego de la yunga y las estribaciones de la cordillera que tienen una gran riqueza de flora y fauna que están presentes en mi trabajo.





La modelo, óleo sobre metal, 32 x 27 cm, 2021

C. Z.: A propósito, tus grandes cuadros del bosque tropical recuerdan los paisajes célebres de Troya y particularmente de Luis A. Martínez, no solo porque son casi los mismos territorios sino por el carácter atmosférico de esas pinturas, ¿cómo ves esa relación con el paisajismo romántico?

M. M.: En mis recorridos por los grandes museos del mundo comprendí y aprendí la técnica del óleo al ver cómo los grandes maestros recreaban esas atmósferas tan marcadas por el paso de las estaciones.

En los museos de Ecuador he estudiado la obra de Rafael Troya, Luis A. Martínez y otros grandes del paisajismo, herederos de la pintura europea. Ellos representaron nuestras montañas y la Amazonía de una manera magistral, de modo que su influencia en mi pintura es indudable, pero yo, como nativo del lugar, pinto esos paisajes con los colores y atmósferas tropicales que los atraviesa, con esa gran riqueza de nuestra naturaleza que cambia de luz a diferentes horas de día, no por el ciclo de las estaciones.





Los frutos del amor, óleo-tinta sobre lienzo, 146 x 146 cm, 2018
Habitante de la noche 6, óleo-tinta sobre lienzo, 122 x 183 cm, 2018





Mares interiores 7, mixta sobre lienzo, 90 x 130 cm, 2017



Los iluminados 2, óleo-tinta sobre madera, 180 x 90 cm, 2004

C. Z.: Tú debutas como pintor en 1988 con una exhibición de paisajes urbanos, y seis años después, en 1994, presentas una muestra titulada "Homenaje al bosque tropical". El cambio de tema supuso también el empleo de nuevas técnicas. Empiezas haciendo acuarela, luego te dedicas al óleo, y más tarde desarrollas un procedimiento personal que llamas "óleo-tinta", tema sobre el que incluso has escrito. Cuéntanos en qué consiste esa técnica

M. M.: Como te decía, para mí lo más difícil fue salir de esa cultura racional de la academia, entonces yo pintaba el contorno de las iglesias y las calles de la ciudad. Fue muy duro volver a la naturaleza, que fue el primer motivo de mi pintura, pero ese cambio de tema acarreó también el cambio de técnica y de formato. El procedimiento del "óleo-tinta" surge de la tensión del agua con el aceite. Cuando fui al bosque seco sentí la necesidad de desarrollar una técnica que me permita captar la textura de esas especies, producir esta especie de textura virtual. Si tú mezclas esos dos materiales se produce esa tensión, y en el proceso posterior se ilumina la obra, es decir, se colorea. De allí, la serie que llamé *Los iluminados,* un nombre que evoca la técnica de iluminar la obra, de darle luz y el color, pero también tiene unas connotaciones culturales, pues para los habitantes precolombinos los árboles eran seres "iluminados", relacionados con la fertilidad de la tierra.

C. Z.: ¿Consideras que el descubrimiento del bosque seco, en el año 2003, fue un momento decisivo, un parteaguas en tu trayectoria? Al menos allí está el origen de tu serie *Los iluminados*, donde el ceibo se erige en todo su esplendor y extrañeza

M. M.: Sin duda, porque allí sentí la necesidad de desarrollar una nueva técnica y otra forma de ver, donde lo más importante era privilegiar lo que está en el primer plano y el fondo era totalmente blanco o con esos celajes grises. O sea: traer el motivo a primer plano. Ese encuentro surge de la invitación de un grupo de pintores extranjeros, que nos convocaron a representar el bosque seco. En el mismo lugar debía preparar los materiales. Fue muy importante esa experiencia porque además de lidiar con los moscos y el calor infernal del bosque seco, sobre los cuarenta grados, me propuse captar la esencia de esa vegetación; no solo la forma sino la textura. No la textura como empaste sino crear esa textura virtual.

C. Z.: Eres un explorador de la materia y las técnicas

M. M.: Sí. No he dejado de investigar. Después, durante una permanencia en el Mediterráneo, descubrí la tinta de sepia. Recolecté la sepia, me puse a trabajar, indagué soportes, estudié su permanencia, su adherencia al papel. Luego de ese trabajo arduo creo que conseguí resultados.

C. Z.: Y hace no mucho te has embarcado en el dibujo Sumi-e

M. M.: Así es, Otra de mis fascinaciones es el papel como soporte; papeles de diferente procedencia: el papel amate, el papel artesanal, reciclado, en fin. Ahora he terminado una serie de Sumi-e en papel bambú que traje de China, que te da unos resultados extraordinarios, una profundidad de color; siempre estoy investigado, ahora he vuelto al grabado que lo dejé un momento. En todo caso los medios varían, pero siempre la naturaleza es el hilo conductor de mi obra.

C. Z.: Insectos, árboles, bosques. A ratos me parece que hubiera un juego de miradas con tus personajes

M. M.: [Risas]. Me están mirando, los insectos y los árboles. Alguien me preguntó una vez "¿tú dialogas con los árboles?" No, le dije, el árbol dialoga conmigo, él empieza, él me está mandando un mensaje, yo le contesto, no es al revés.

C. Z.: ¿Qué te queda del paisaje original, con qué elementos de tu lugar natal, del Cañar de tu infancia, crees que convives?

M. M.: Son varios aspectos, pero en este momento de mi vida estoy recordando muchísimo esos colores tan profundos de los Andes. Ya no el color de los trigales, ni el color exuberante de los cielos azulados, sino lo gris, lo gris y esas formas telúricas, esas tardes de Cañar donde bajaba la neblina y asomaba entre ella los cachos de la montaña en una gama de grises extraordinaria.





Los iluminados 9, óleo-tinta sobre madera, 100 x 130 cm, 2008
Gran Shaman, óleo-tinta sobre lienzo, 104 x 147 cm, 2017



El árbol del Paraíso, óleo-tinta sobre lienzo, 230 x 150 cm, 2014

C. Z.: Para terminar, háblanos de este hermoso e inmenso ceibo que ahora donas a la UDA: *El árbol del Paraíso.* ¿Qué significa para ti esta donación, esta ofrenda?

M. M.: Tú lo has dicho, es una ofrenda. Mientras pinto siempre pienso que lo que estoy haciendo no puede quedar encerrado en el claustro del taller. Además de ser parte de colecciones privadas me interesa mucho que mi obra puede estar en instituciones donde el gran público pueda apreciarla. En este caso, además del deleite visual creo que hay un mensaje ecológico, es decir, la necesidad de proteger nuestro entorno.

Para mí, la UDA es una gran institución educativa y cultural en cuyas instalaciones creo que mi obra funcionará muy bien y tendrá muy buena acogida. Espero que este árbol iluminado siga alumbrando la gran labor educativa y cultural que viene desarrollando la Universidad del Azuay.



El artista en su taller, delante de *El árbol del Paraíso*

Marco Martínez Espinoza

(Cañar, Ecuador,1953).

Arquitecto por la Universidad de Cuenca. Desde 1986 ha participado en numerosas exhibiciones individuales y colectivas dentro y fuera del país.

Con la exposición itinerante *Equator and its Natural Enviroment* inició sus presentaciones internacionales en la ONU y OEA, en Estados Unidos, Suiza, Francia, Inglaterra, Bélgica, España y Colombia.

En su estancia en las costas del Mediterráneo colecta tinta de sepia y desarrolla una técnica de pintura.

Actualmente trabaja en grabado e investiga nuevos procedimientos técnicos en su taller en Cuenca de los Andes, ciudad donde reside y trabaja.



Este catálogo se imprimió en marzo de 2023
en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
en Cuenca del Ecuador.
Para su diagramación se utilizaron tipografías
de la familia Merriweather Sans.





UNIVERSIDAD DEL AZUAY
Casa Editora

ISBN: 978-9942-618-65-8

